
Antoni Puigverd



Entre quiebra y manzana

El barco de la economía española chocó con el iceberg de las finanzas mundiales, aunque, por fortuna, se ha evitado el naufragio. Pero la tempestad continúa. Las dificultades seguirán aquí por mucho tiempo, como el monstruo del cuento. Despertaremos de todos estos años en los que hemos vivido por encima de nuestras posibilidades, y el monstruo del paro y la atonía empresarial seguirá ahí. La austeridad y las reformas que Zapatero y Salgado han prometido para suavizar los ataques financieros, provocarán sangre, sudor y lágrimas. ¿Estamos preparados para los años de austeridad forzada que nos caen encima? ¿Continuarán los políticos jugando al gato y el ratón, intentando el PSOE salvarse como pueda e intentando el PP beneficiarse del desastre?

Si la situación es de alarma roja, excepcional, las respuestas también tienen que ser excepcionales. Como la propuesta de Duran Lleida y CiU: un gran pacto para combatir la crisis sin más estorbos que los que la propia crisis procura. Tal unidad no actuaría sobre la enorme herida de nuestra economía como el bálsamo de Fierabrás. No hay soluciones mágicas a

Son los estados, con las ingentes sumas dedicadas a resistir el golpe, los que ahora están en riesgo de quiebra

una crisis de modelo económico. Pero la estabilidad política contribuiría a crear el clima necesario para afrontar los sufrimientos que el momento exige. Si el pacto no se produce será muy difícil que los agentes sociales y económicos se sientan impulsados a consensuar las imprescindibles reformas, así como las medidas de austeridad. Sin el pacto, será muy difícil que las instituciones locales y autonómicas se avengan a reducir drásticamente sus presupuestos. Será muy difícil frenar la explosión de las extremas derecha e izquierda, ávidas de pescar en río revuelto. Y será muy difícil que el PSOE, bailando en soledad con la fea situación, no sienta la tentación de escamotear la dureza necesaria; o que el PP no deje pudrir las cosas esperando un beneficio electoral. La farsa es vecina de la tragedia. Lo que ahora todavía parece materia para los humoristas del Polònia, puede acabar haciendo llorar. Un mal arrastra otros males consigo, y la secuencia de esta cadena es lo que más hay que temer. La ruina económica no es la peor desgracia (a peores circunstancias se enfrentaron nuestros ancestros); pero las contrariedades serán invencibles si nos volvemos adictos y forofos del desastre.

La enfermedad económica mundial no está bajo control ni en Alemania. Explicaba el profesor Togores en estas mismas páginas que la toxicidad de los productos basura que provocaron el estallido de las finanzas mundiales no ha desaparecido: se ha traspasado a los estados. Son los estados, con las ingentes sumas dedicadas a apuntalar bancos y cajas, y con sus políticas de ayudas sociales y de estímulos empresariales, los que ahora están en riesgo de quiebra. ¿No es éste suficiente peligro para prescindir de la manzana de la discordia?